

San José, Costa Rica

15 Diciembre de 1911

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 23

SOCIOLOGÍA

El privilegio

Desde que el estudio de la organización de la sociedad dejó de ser tema exclusivo de los sabios, y con la Internacional se extendió á excitar la inteligencia y la pasión de los trabajadores, la abstracción llamada *privilegio* alcanzó proporciones monstruosas; de tal modo, que si un artista se hubiese propuesto traducir en una figura alegórica las calificaciones que se le han aplicado en la fraseología de los mitins y en la literatura de la propaganda socialista en general, hubiera debido apelar á los recursos de que echaron mano los artistas de la Edad Media para simbolizar *el diablo*; y aun aquella bestia humano-fantástica con sus ojos chispeantes, su color bronceado, sus uñas agudas, sus cuernos retorcidos y su rabo terminado en punta de saeta, quedaría como inocente angelito al lado de lo que la imaginación excitada de los trabajadores hubiera podido inspirar para representar al privilegio, ente maldito, reo de todos los crímenes, verdugo de todas las víctimas, causante de todas las lágrimas, y que á la postre confunde en la misma desesperación á los que protege y á los que persigue.

Afortunadamente, como en el día no ha de pensarse en edificar catedrales, ni en decorar residencias pontificias, ni en aterrorizar á fieles timoratos, y hasta la misma *Divina Comedia* y *El Paraiso perdido* son joyas artísti-

cas que nadie piensa imitar, y que se aprecian principalmente como documentos históricos, no hay temor de que los artistas intenten simbolizar el privilegio y con buen acuerdo dejarán á un lado esa tarea negativa y transitoria para buscar inspiraciones en el ideal, que no por su cualidad de futuro deja de ser tan positivo como si fuera presente.

Es más: muchos artistas modernos, á sueldo de la burguesía dominante, en oposición con los sentimientos, los intereses y aun la ciencia de los trabajadores, se esfuerzan en presentar al privilegio atractivo y simpático, santificado por la autoridad, por cuanto con sus limosnas sostiene los establecimientos de beneficencia; ensalzado por los economistas, porque con la aplicación de sus capitales al trabajo da jornal al obrero, facilita el cambio y fomenta las relaciones entre todos los países, y hasta justificado por los científicos á la moda, que le consideran como el premio otorgado por la naturaleza á los más fuertes y mejor constituidos.

La Academia define así el privilegio: «Gracia ó prerrogativa que concede el superior, exceptuando ó libertando á uno de una carga ó gravamen, ó concediéndole una exención de que no gozan otros».

Y luego, teniendo en cuenta la idea en su aspecto popular añade: «Privile-

gio odioso: el que perjudica á tercero».

En sociología no tiene valor alguno la primera parte de la primera definición, porque el privilegio no le concede ningún superior, si no que, según la historia, se estableció por la violencia ó por la astucia ó por ambas cosas á la vez; se conserva fresco y lozano por la tradición y por la ignorancia, y se perpetúa con la existencia de las instituciones y las leyes que le dieron formas jurídicas, las cuales, aunque hijas del error de una época de atraso, prolongan su existencia y siguen causando los males que les son consiguientes, por el carácter de imposición autoritaria de que se halla revestido, por el poder coercitivo creado para su defensa, y también por la pasividad popular que ha hecho de los desheredados, víctimas y cómplices del privilegio.

En cuanto á la segunda parte ya es otro cosa; los que se hallan exceptuados de cargos ó gravámenes que pesan sobre los otros, ó disfrutaban de una excención de que los demás no pueden gozar, entran de lleno en el terreno de la sociología, la cual, como ciencia de la verdad, de la justicia y de la economía social, no puede menos de considerarlos como seres nefandos, detractores de lo verdadero, conculcadores de lo justo y perturbadores de lo eco-

nómico; tales son los privilegiados, los favorecidos del privilegio; del que la misma Academia, que nunca pecó de revolucionaria, dice que se le califica de odioso; y aun podría aplicársele otros adjetivos no menos duros y merecidos.

Merced al privilegio, la riqueza social, producto de la naturaleza, del trabajo y de la ciencia de todo el mundo, hállase monopolizada, usurpada por una clase que si se la llama superior no es por ningún mérito especial que la distinga del resto de los individuos, sino por el hecho brutal de hallarse sobre ellos, y poder mandarlos, gobernarlos, explotarlos y deshonorarlos á su antojo.

El privilegio es, pues, un fraude social, una rémora del progreso, una tea de discordia entre los hombres, una vergüenza de la humanidad y un peligro para lo porvenir; tan grande, como inmensos, infinitos, son los males que causados por él consigna la historia, y es preciso arrancarlo de cuajo del entendimiento, de las costumbres y de las leyes.

Sólo á esta condicion la humanidad marchará libre y sin trabas por la vía que conduce directamente á la vida de libertad, de justicia, de ciencia y de felicidad inefable á que tiene derecho y que promete el progreso.

ANSELMO LORENZO

Idealismos culpables

Es digno de estudio el espíritu popular durante los grandes trastornos políticos y sociales. Ya sea por infantiles atavismos, ya derivados de predicaciones demasiado idealistas, las rebeldías del pueblo suelen ir acompañadas de actos que, si ponen de manifiesto la inagotable bondad del corazón humano, muestran también cuánta parte tienen en la ineficacia de las revoluciones, la candidez general.

Por harto conocido, holgaría citar el hecho singular de que las insurrecciones demócratas alzasen el famoso

«pena de muerte al ladrón», mientras consentían que los grandes ladrones esperasen agazapados en sus palacios á que la tormenta revolucionaria amainase. Pero no se considerará así si se tiene en cuenta que el espíritu neto de tal conducta vive todavía en el pueblo y además se ha reafirmado, un tanto modificado, en el terreno de las contiendas sociales.

En todos los sucesos contemporáneos de alguna resonancia se ha visto cómo el buen pueblo continuaba afe-rrado al castigo del hambriento ladrón

de un panecillo y al respeto á la propiedad sacrosanta del ladrón legal, enriquecido con el trabajo ajeno; se ha visto cómo el buen Juan se detiene siempre ante las grandes mentiras en que descansa el caserón vetusto del privilegio social y da un paso atrás cuando llega á los linderos de la verdadera obra revolucionaria, aquella que se dirige á la destrucción efectiva de enormes desigualdades y de terribles injusticias. La voz de la reacción es poderosa todavía. Ella grita al pueblo moderación, respeto, templanza; condena todos los radicalismos y pide resignación y prudencia para ir elaborando lentamente un porvenir muy poco mejor que el presente detestable. Los maestros de la charlatanería política y social conocen y manejan bien los resortes de la sencillez popular. Hablan elocuentemente á los atavismos heroicos que hacen del pobre el perro guardián del rico; despiertan los convencionalismos rancieros de la honradez servil, de la lealtad humillante; y cuando la rebeldía popular estalla, la historia magnánima consigna la santa virtud revolucionaria que guarda los bancos, las grandes propiedades, los personajes del rebaño y fusila al miserable que cree llegada la hora de comer y de abrigarse. ¡Y qué cosa tan sencilla escapa á la penetración popular! En mil formas se ha dicho y nunca será bastante repetirlo: aquel famoso letrero de las barricadas republicanas estaría muy en su lugar si los revolucionarios empezaran por colgar de un farol, como suele decirse, á todos los detentadores del trabajo ajeno, políticos, propietarios, etc.

El resultado de la educación recibida por el pueblo, no puede ser sino el que queda indicado. Los idealismos quijotescos de la democracia conducen forzosamente al afianzamiento de todos los anacronismos. Son idealismos culpables que tornan ineficaz la acción revolucionaria.

En nuestros tiempos de huelgas y alborotos obreros ¿qué otra cosa se ve? Los trabajadores saben salir á la calle, poner su pecho indefenso á las balas;

lo mismo que antes, son héroes de barricada con todos los debidos respetos á la santa propiedad, á la autoridad y á las personas. Los mismos idealismos culpables siguen inspirando la conducta de las masas.

¿Y por qué los obreros que luchan por una mejora ó un ideal económico, se entretienen en reñir absurdas batallas con la fuerza armada? Allá están el burgués admirado que los explota, el político que los engaña y explota, el cura que los envenena, engaña y explota; allá están el opulento palacio que insulta la miseria de sus pocilgas, la fortaleza-fábrica donde dejaron gota á gota toda su sangre; allá está el usurero que les *alivió* una hora de miseria dándoles unos céntimos por los últimos restos del ajuar doméstico, por la última camisa ó por la última blusa.

A veces van los obreros á la puerta de las fábricas; ¿á qué? A vengar la traición de otros compañeros de hambre. El burgués tan tranquilo en su confortable vivienda. ¡Pena de muerte al *esquirol!* Y paz y respeto y consideración para el detentador del trabajo común, para el que explota, para el que envenena, para el que roba.

El fenómeno social no hizo más que cambiar de forma; los idealismos culpables continúan haciendo del buen Juan héroe legendario de la tonta honradez, de la necia lealtad que le convierten en perro guardián del amo que le azota, que le esquilma, que le mata.

Un hecho singular sobre el que es menester fijar bien la atención, es aquel que nos revela cómo todos los levantamientos populares dejan en paz al feroz usurero que trafica en el último escalón de la miseria, con los últimos restos de la pobreza. ¿Es acaso el recuerdo del hambre mitigada momentáneamente, que convierte al repugnante prestamista en alma magnánima y generosa y paraliza la acción revolucionaria del pueblo?

No, seguramente; es que el pueblo, ahora como antes, todavía no sabe más que pelear, sacrificar su vida, poner su pecho á las balas, sin que se dé

bien cuenta de por qué ni para qué. Su acción es aun instintiva y va impulsada por los atavismos de barricada y de motín, por la influencia de los idealismos culpables que le convierten en héroe inconsciente de ignoradas causas. Su acción reflexiva apunta apenas en las contiendas contemporáneas. El espíritu popular empieza ahora á transformarse. ¡Difícil empresa operar el cambio sin menoscabo de la bondad tradicional y con pérdida de la candidez idealística y quijotesca!

Porque es preciso que la violencia actual y el furor creciente del combate por el porvenir, no nos lleve á la crueldad y á la ferocidad. Vamos hacia un mundo de justicia y de amor. ¿Llegaremos allá por la venganza y por el odio? Fuerza es luchar con los hombres y no con fantasmas, no con las cosas que ellos representan. Pero en este combate por lo mejor, la muerte no puede ser un objetivo, ni siquiera un medio, sino un accidente fatal, fruto de circunstancias momentáneas. Comprendemos el odio, la venganza, el rencor, la injusticia, la violencia como estados pasajeros inevitables, traídos por las concomitancias de la contienda; no los comprendemos como predicación que cifra en tan deleznales fundamentos el éxito de una aspiración levantada.

La acción reflexiva, privada de los elementos atávicos idealísticos, será

aquella que teniendo por mira una aspiración de justicia, comience por aplicarla, antes que á las pequeñas, á las grandes causas de la desigualdad social. La conducta mejor será la que nos conduzca más directamente y con menos sacrificio de la existencia humana, á la realización del porvenir.

Claro que nunca podrá ser la acción revolucionaria un problema de cálculo, frío y sin entrañas. La pasión estará siempre como factor poderoso en la conducta de los hombres. Y lucha sin apasionamientos, sin vehemencias, no se comprende. Pero la pasión toma los carriles trazados de antemano por la educación, por el hábito, por la propaganda, etc. Y así cuando la masa popular haya roto con los convencionalismos motinescos y ridículamente heroicos, tomará el camino de la acción reflexiva que le conduzca al porvenir según la línea de menor resistencia, es decir, con menos sacrificio de vida humana y más provecho para todos los hombres.

La ineficacia de las revoluciones que tanta sangre y existencias han costado al pueblo, es un buen ejemplo de la culpabilidad de ciertos idealismos.

Sacudamos la herencia funesta y haremos más y mejor por el porvenir ambicionado.

RICARDO MELLA

Brioso y arrogante escritor español que parece ser en esta época estandarte avanzado de la verdadera revolución del porvenir.

Consideraciones acerca de la libertad moral

La libertad consiste, sobre todo, en la deliberación. La elección no es *libre* más que á condición de haber sido *deliberada*: el verdadero principio de la libertad debe, pues, ser buscado más allá de la decisión, en este período de examen que le precede y en el cual se ejerce la plena inteligencia. Ahora bien, la deliberación, lejos de ser incompatible con el determinismo, no podría comprenderse sin él; porque una acción deliberada es aquella de que se puede dar razón, y que por tal modo se encuentra completamente de-

terminada. No hay, pues, libertad fuera de la deliberación, y por otra parte, la deliberación consiste simplemente en la determinación del motivo mejor por vía científica. Ser libre es haber deliberado; haber deliberado es haberse sometido y haber sido determinado por motivos racionales ó que tales parecen. Puede, pues, decirse que la deliberación es el punto en que se confunde la libertad y el determinismo. ¿Por qué deliberamos? Para ser libres. ¿Cómo deliberamos? Según un balance de motivos y de móviles,

cuyo mecanismo es necesario. Pero, ¿y por qué queremos ser libres? Yo respondo: porque por experiencia hemos reconocido que la libertad es una cosa prácticamente ventajosa para nosotros y para los demás. La libertad, como toda potencia acumulada, vale en atención á sus consecuencias posibles.

Notemos que, en ciertas condiciones, la fatalidad, la esclavitud más grosera, no pueden menos de revestir las apariencias de la libertad. Un perro atado por su dueño, pero cuyo dueño desease ir precisamente por donde el perro quiere y tan de prisa como quiere, se creería perfectamente libre. Un pez encerrado en vaso de vidrio, pero que se sintiese perfectamente atraído hacia el centro del vaso por algún alimento ó cualquiera otra razón, no se daría en modo alguno cuenta de su encierro. ¿Cómo, pues, no hemos de creernos libres, nosotros que estamos en una posición infinitamente superior á la del perro ó á la del pez? En efecto, nadie nos tiene atados ni prisioneros: nuestra esclavitud no consiste más que en hacer precisamente todo lo que nos parece mejor: no obedecemos sino á nuestras preferencias, lo que es, en verdad, la más agradable de las cosas. Añádase que nadie puede prever nunca de una manera absoluta lo que preferiremos mañana; todo lo cual se explica perfectamente por la perpetua variación de nuestros motivos. Siendo cada uno un pensamiento, es un verdadero ser vivo que nace, crece, y declina en breves instantes; y eso dentro de nosotros. Creemos entonces nuestra libertad absoluta, indeterminada, á causa de la infinidad de motivos que nos determinan: y estamos así satisfechos en los límites en que nos encontramos. Cuando Cristóbal Colón desembarcó en América, creyó haber encontrado un continente: no

era más que una isla, pero los indígenas no habían experimentado nunca el deseo de recorrerla por entero: la creían sin fin. Esta infinidad de motivos impide entre ellos todo equilibrio fijo y toda previsión desde afuera: por nuestra parte, para cesar esta lucha de motivos, no nos hace falta más que un simple deseo. Una acción concebida como posible basta por esto solo para darnos el poder de realizarla. No podemos, por tanto, jamás concebir una acción como imposible, porque la simple concepción de esta acción la convierte en posible: somos, pues, necesariamente libres á nuestros propios ojos. Podemos siempre querer lo que nos parece más deseable, precisamente porque así nos parece; y de este modo nunca sentiremos la opresión de las cadenas. La consecuencia de todo esto es que se produzca la ilusión del libre arbitrio. Mas he ahí una libertad inferior. Ciertos deseos, ciertas pasiones, por más que las sigamos de buena voluntad, nos permiten ver demasiado claramente que nos sería difícil obrar de otro modo. Abandonándose á esas pasiones, pronto se siente que está uno ante verdaderos dueños absolutos. Cuando se desciende por una pendiente rápida corriendo, y se quiere descender, no se puede decir que vayamos por donde no queremos ir, y sin embargo, se siente uno como arrastrado y dominado por una fuerza superior. Así obra la pasión: por eso la libertad más completa se concibe como la liberación de las pasiones violentas y groseras. Por encima de la libertad del deseo, la libertad de la acción. Sólo el razonamiento puede contenerse á tiempo, ignora el hábito, la fuerza adquirida, pudiendo en definitiva afirmarse que libertad y razón son una misma cosa.

M. GUYAU

COMPañEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

¡Ser madre!

Amo la vida...

La encuentro bella; me parece buena.

¡La vida es el bienestar!... ¡El bienestar es la vida!

Quiero ser dichosa, quiero aprovecharme de la vida, quiero vivir.

¡Vivir!... ¿No es por sí sola nuestra razón de existir?

¡Vivir gozando de nuestros sentidos, dentro de todas las circunstancias, en todas las horas y en todos los instantes!

Sí, quiero vivir... satisfaciendo todas mis necesidades, multiplicarlas y cambiarlas; cumplir mis deseos innumerables y siempre nuevos; apagar el hambre, calmar mi sed, entretener mi cerebro ávido de una nutrición sana, rica y fecunda.

Vivir... y amar sin necesidad de convencionalismos, de códigos, de morales y leyes contrarias á la armonía de la naturaleza.

¡Vivir... y luchar!

Luchar contra todo lo que traba, contra todo lo que me oprime. Luchar contra lo que paraliza mi esfuerzo, todo aquello que aniquila mi energía y mi voluntad. Luchar contra todo lo que impide la expansión de mi ser, contra todos los obstáculos que se opongan á la integridad de mi «yo».

Luchar contra todo lo que esclaviza mi actividad y mi libertad, elementos esenciales de bienestar, condiciones primordiales de toda vida.

* *

Amo la vida...

Todas sus manifestaciones son para mí una causa de bienestar, una gran dicha.

En primavera, me gustar ir á los campos llenos de verdor, correr en los prados bañados por el rocío de la mañana, respirar el aire puro y robustecedor para que mi pecho se dilate y mi organismo encuentre una impresión de fuerza que me haga resplandecer.

El panorama grandioso de las regiones montañosas; el arroyuelo imperioso, con su curso sin freno, saltando de roca en roca, para ir al fin á per-

derse en el gran lago de la tranquilidad majestuosa; todo este espectáculo me entusiasma y vivo deliciosamente.

¡Y el mar, el gran mar! ¡Tan pronto calmado como enfurecido! Cuán grandes son las sensaciones que he sentido contemplando el eterno vaivén de sus innumerables moléculas!

¿Y el campo? ¡Oh el campo! En él se oye el dulce trinar del ruiseñor, saltando de rama en rama, con el compás melodioso de los demás pajarillos, alegres y satisfechos de las frescas sombras de los árboles, y las flores mostrando un color sumamente radioso.

Todo, todo eso me causa una agradable somnolencia.

La vida plácida de los campos, llena de belleza y porvenir, me proporciona una dulce felicidad. Por esta razón, la necesidad se me presenta grande, y la tarea libremente aceptada es espontáneamente cumplida con placer y sin esfuerzo. El trabajo intelectual se presenta en mí bajo un aspecto grande, atractivo. El estudio profundo de los diversos ramos de la ciencia, buscando nuevos horizontes, es un campo de exploración suficientemente grande, dentro del cual la inteligencia encuentra los medios necesarios para poderse asociar de los elementos útiles, pudiendo á la vez satisfacer todas sus aspiraciones.

Soy joven y robusta; de temperamento volátil, y amo los deseos frívolos y caprichosos. Dentro de la diversidad de las sensaciones encuentro un estimulante que aviva el placer y aumenta la intensidad; y nada encuentro tan placentero como el gustar del pensamiento de un porvenir de amor, con el amante libremente escogido; y, así pensando, mi regocijo es inmenso. Todas esas impresiones, aunque diferentes, pero que todas son igualmente fuertes, me transportan y me encantan.

* *

Amo la vida...

Y porque amo la vida, quiero gozar de todas sus delicias.

Por el uso razonable de todas mis facultades, para las satisfacciones de mis necesidades y de mis deseos, quiero aumentar mi grado de sensibilidad creyendo encontrar un mundo entero de felicidad.

Mas, la vida llama la vida.

Los individuos sanos y fuertes tienden á reproducirse.

Una necesidad nueva se ha implantado lentamente en mí.

Al principio, como un deseo vago, indeciso, corriendo por todo mi organismo como un frenesí imperceptible, cada día lo he sentido imponerse más, tomando un carácter poco á poco más preciso.

Y, en el presente, se me afirma imperiosamente, irresistible: *¡Ser Madre!*

¡Oh, y qué dulce emoción corre en mi pensamiento sintiendo un «pequeñuelo» elaborarse en lo más profundo de mi ser!

¡Qué embriagador es cuando siento en mis entrañas los primeros enlazamientos de la carne de mi carne!

¡Poner al mundo un hijo fuerte, bien constituido, sano de cuerpo y de espíritu; esta es la obra que la Naturaleza nos incita á cumplir!

¿Cuáles son las mujeres que nunca han deseado tener hijos?

¡Oh! Estas son muy excepcionales, y esto se comprende muy fácilmente por su misma constitución física y moral. Porque es á la mujer á quien incumbe la misión de perpetuar la especie. Es ella quien está encargada de satisfacer las primeras necesidades del embrión hasta el día en que tomará parte en el mundo exterior. Es ella quien ha de velar los primeros meses de su existencia.

Pues esa función la cumple de una manera inconsciente, independiente de la voluntad: *Es el instinto de la reproducción.*

De este instinto surge á la vez el dulce sentimiento en todas las madres: el sentimiento de la *Maternidad.*

Yo también quiero engendrar una vida nueva, gozando de una salud floreciente con el hombre de mis ensueños; quiero que de la comunión de

nuestros cuerpos sea concebido un ser en mi seno.

Este ser, yo quiero verlo crecer, oír sus primeros lloriqueos y balbuceos, dirigir sus pasos débiles y asistir á sus impresiones deliciosas.

¡Y qué gozo para mí poder seguir su evolución, velar para el buen funcionamiento de sus pequeños órganos, alejar de él todas las causas que le pueden originar enfermedades y disgustos!

Libre en todas sus acciones, de una manera natural, irá fortaleciendo todos sus pequeños músculos con ejercicios variados, y á la vez adquirirá una clarividencia de la verdadera vida.

Cuando haya avanzado en años, su cerebro habrá evolucionado y velará por la realidad, y al propio tiempo podrá discernir perfectamente la manera de ser de los seres y las cosas; todos mis esfuerzos tenderán á desenvolver sus facultades para que pueda examinar libremente la razonable crítica inextinguible que se hace de esta caótica sociedad en que vivimos.

Los prejuicios existentes, para él serán apreciados por el justo valor que tienen.

Dios, Patria, Propiedad, Ley, Familia, Honor, Moral, Justicia, todo esto le parecerán palabras sin ningún valor ni sentido.

Él se explicará el Universo por las leyes de la mecánica, y al pensar ó creer en un ser ficticio ó divino no le parecerá otra cosa que un sugeto de brutal adoración.

Él sabrá despojarse del sentido místico que la generalidad de los humanos han dado y todavía dan á la patria, y la evocación de este ídolo, para él no tendrá otra significación que una superchería y al propio tiempo se reirá de la palabra Honor.

Por su manera de entender, la propiedad no revestirá el carácter sagrado que la mayoría de los hombres le dan. Él la considerará como un peligro y una negación de vida para la generalidad de los humanos; al mismo tiempo comprenderá que la Moral que viven todos los pueblos no es más que

una mentira, la Justicia un lujo, la Ley un peligro permanente para la autonomía individual.

En cuanto al tributo que se rinde á la idea de familia actual, le parecerá ridículo en todos sus aspectos, y la afección de los parientes nunca le será dictada por el Deber; muy al contrario, buscará por buenos amigos todos aquellos individuos que, por su temperamento, estén en constante afinidad con sus aspiraciones humanitarias. Pues no teniendo, como no tendrá, por su sana educación, ninguna fe ni respeto á las instituciones actuales, será un ser indómito y no retrocederá delante de nadie ni de nada, creándose alrededor suyo una atmósfera respirable, un ambiente favorable para su bella y grande expansión.

Armado contra todos los hombres

refractarios á lo bello y bueno; resistente de cuerpo y con un espíritu lúcido, podrá empeñar lucha en todos los actos rebeldes que se presenten, á fin de poder realizar una vida mejor y más digna que la actual.

La comunión de ideas estableciendo la concordancia entré todos los seres, será de utilidad muy grande para poder crear afinidades sólidas y duraderas, haciendo que cuando nazcamos podamos seguir la marcha natural en pro de lo más bello y bueno, que es la libertad individual.

Eso, para mí, será la dicha más grande de la vida: haber hecho un *compañero fiel y ser su Madre.*

BLANCHE LEROY

(Traducido por la agrupación «Nueva Vida» de Barcelona).

PÁGINA CIENTÍFICA

Ciencia y Religión

La Ciencia y la Religión tienen por objeto relacionar lo conocido con lo desconocido por medio de hipótesis: las que formula la primera son hipótesis científicas ó teorías; son hipótesis ó dogmas las que formula la segunda.

Pero así como la Ciencia rechaza sin reparo sus propias teorías en cuanto llegan á presentarse en contradicción con ciertos hechos reales demostrados por el cálculo ó verificados por la observación, la Religión, por el contrario, echa mano del concepto del milagro para sustituir por hechos imaginarios aquellos hechos reales que puedan hallarse en desacuerdo con sus hipótesis ó dogmas.

La Ciencia, en pos de la verdad, no deja nunca de someter sus hipótesis á la crítica, con objeto de rechazar las teorías erróneas ó de modificar las imperfectas.

La Religión, pretendiendo poseer la Verdad, se opone—por la fuerza, cuando dispone de medios para ello—á

cualquier investigación de sus hipótesis que pueda culminar en la crítica del dogma.

Algunos hombres, sea por atavismo, sea por el efecto de su educación ó de la influencia que sobre ellos ha ejercido el ambiente, han sido profundamente religiosos á la vez que poseedores de vastas capacidades científicas, y han procurado generalmente aplicar á sus trabajos los dos métodos. ¡Pero cuán distintos han sido los resultados obtenidos por uno ú otro!

Tycho-Brahé, científico, confirma los descubrimientos de Copérnico referentes á los movimientos del Sol. Pero Tycho-Brahé, religioso, hace una excepción en favor de la Tierra: para no contradecir la fábula de Tomé, supone que el Sol, con toda su corte planetaria, gira alrededor de nuestro pequeño globo.

Kepler, científico, descubre las leyes que rigen el movimiento de los planetas alrededor del astro central. Pero

Kepler, religioso, supone que esos cuerpos celestes se hallan mantenidos en sus órbitas por ángeles delegados por el creador.

Newton, científico, formula la ley maravillosa de la gravitación universal de los cuerpos en razón directa de sus masas é inversa del cuadrado de sus distancias. Newton, religioso, trata de establecer una analogía entre sus admirables descubrimientos y las locuras descomunales del libro apocalíptico.

Pasteur, científico, desarrolla la teoría de la fermentación, y desde su laboratorio emprende una lucha titánica contra los microbios más mortíferos. Pasteur, religioso, después de entonar un himno de alabanzas al creador de dichos microbios, que tan cruelmente martirizan á millones de seres humanos, se esfuerza en señalarle límites al progreso científico: no se contenta con negar la posibilidad de la generación espontánea, sino que afirma que jamás llegará el hombre á producir por procedimiento sintético aquellos cuerpos orgánicos, como la sacarosa, capaces de polarizar la luz. ¡Y esta síntesis de la sacarosa la realizó luego el insigne Marcelino Berthelot!...

Comte, científico, crea la filosofía positiva y propone una magistral clasificación de las ciencias. Comte, religioso, gran sacerdote de su «Religión de l' Humanité» quiere también ponerle diques al progreso, y profetiza que jamás llegará el hombre á conocer la composición química de las estrellas. ¡Y hoy el análisis espectral nos ha dado á conocer dicha composición!...

¿Para qué continuar esta enumeración? ¿Para qué comparar los trabajos notabilísimos del físico sir Oliver Lodge

y del naturalista Russell Wallace, científicos, con las teorías espiritistas del primero, que llega á pretender que la materia no existe—mientras se pasa la vida explicando las propiedades materiales de los cuerpos en su cátedra de Birmingham—y con las doctrinas religiosas del segundo que han transformado al antiguo colaborador de Darwin en campeón moderno de la insensata teoría antropocéntrica del Universo?

La enumeración resultaría interminable.

Lo que importa es comparar, en estos casos, la obra del científico con la del religioso, encararse con los fanáticos que tan ufanos se muestran de la existencia en sus filas de verdaderos hombres de ciencia, y decirles terminantemente:

La obra religiosa de esos hombres os la cedemos por completo. Quedaos con la doctrina antropocéntrica de Russell Wallace, con las combinaciones apocalípticas de Newton, con las teorías angélicas de Kepler.

Nosotros nos contentamos con la parte que nos pueda corresponder de su obra científica, la cual nos pertenece á todos por igual: á los de la generación presente como á los de las generaciones futuras, porque dicha obra es labor de una cadena que han contribuido á fraguar, cada cual en la medida de sus fuerzas, los hombres de las distintas épocas en las distintas nacionalidades; no es la propiedad de un país ni de un partido, sino que forma parte del patrimonio de la Familia Universal.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL

Desde Londres.

PEDAGOGÍA

Unico remedio

Los gérmenes de la indolencia que, es nuestra peor enemiga, se han desarrollado hasta un grado tan grande en todos nosotros, que difícilmente

procedemos en nuestros actos en forma armónica con la que llamamos razón.

Si al arduo problema de la enseñan-

za, superior á ningún otro,—por cuanto es alimento que crea inteligencia, como el pan crea carne,—no sabemos ni queremos concederle la atención que merece, no debemos tampoco lamentarnos con lloriqueos ridículos é infantiles del estado caótico y desesperado porque discurre la humanidad. Es inútil en absoluto que perdamos el tiempo convertidos en vocingleros, pues por grandes que sean nuestros chillidos no podremos innovar con ellos lo viejo por lo moderno, lo defectuoso por lo perfecto y será ineficaz todo empeño de continuar la contienda del modo en que está comenzada.

El error ha sido fomentado por los inhumanos y traidores á la verdad, para posesionarse de lo que no es de ellos ni de nadie individualmente; pero el mal radica hoy más principalmente en la cabeza de los expoliados, en la cabeza de los miserables y sus raíces hondas y monstruosas son nuestra apatía, indolencia é irreflexión. No concebimos lo superior y bello de la vida porque somos unos entes por cuyo cerebro obscuro no puede cruzar la luz de la ciencia; no podemos ser dignos siendo así que somos cobardes en nosotros mismos, ni fuertes para vencer

al enemigo porque somos obtusos é insolentes; no sabemos vivir racionalmente porque no nos preocupamos de eliminar la superstición que durante siglos se nos ha servido como verdad única sustituyéndola por la razón.

Si al humano linaje ha de purificarlo la llama de la verdad consumiendo toda mentira y todo prejuicio, y si es que á los hombres nos ha de hacer buenos y justos el desaparecimiento de la iniquidad en todas sus manifestaciones y fases, es incontrovertible que la fuerza determinadora será cerebral é improvisada eternamente por la razón como facultad más omnímoda y superior en el sér racional.

Procuremos todos hacer potente, agrandar esa facultad lo más posible, por medio, naturalmente, de la enseñanza racionalista que no puede contener fe, superstición ni error, y así habremos recetado el único remedio para que la sociedad doliente, tuberculosa y moribunda cree nueva savia en sus venas que la sanarán más que todos los que se han proclamado médicos salvadores y extienden sus recetas con voces de hambrientos arlequines.

ISAAC G. LÓPEZ

Desde El Brasil.

PÁGINAS LITERARIAS

Aves y niños¹

Juguete corto

Para Lía Soto

En el aula, cerca de una ventana, está Emilia arrullando á su muñeca. Entra Claudia atolondradamente con un polichinela, riendo y apretándole el estómago para que junte las manos, y dice:

CLAUDIA

¡Qué gracia! ¿No ves Emilia?
Tengo á toda mi familia
muriendo de hilaridad;
me ha dado el raro capricho
de bautizar á este bicho.

EMILIA

¡Jesús, qué barbaridad!

CLAUDIA

¡Y nada, que lo bautizo!
Pienso llamarlo Narciso.

EMILIA (*interesándose*)

No, mejor ponlo Clavel.

CLAUDIA (*riendo*)

¿No ves que el nombre merece
por lo bien que se parece
á Narciso, el Coronel?

¹ Del libro en preparación *Jardín para niños*.

Fíjate qué piernas. Mira qué manos. ¡Uy, cómo estira los brazos irá á aplaudir?

EMILIA (con malicia)

Parece un señor muy serio que escribe en el ministerio ¡qué señor para escribir!

CLAUDIA (fijando su atención en las manos de Emilia)

¡Ay, qué bonita muñeca! Con razón estás tan hueca. ¿Te la dió tu papá?

EMILIA

Sí, como he sido bien portada en la escuela, hoy acostada la colocó junto á mí.

CLAUDIA (mostrando codicia)

¿Me la prestas un ratito?

(tomándola)

¡Qué encantador el hoyito de la barba! ¡Qué nariz! ¿Y la boca? ¡Primorosa!

(con envidia)

¡Ah viejilla tan dichosa! ¡Mira que tú eres feliz!

Entra Luz corriendo, con aspecto muy alegre, llevando en sus manos una jaula con un pajarito dentro, y exclama:

Luz

¡Muchachas, á ver quien tiene un regalo mejor! viene este pájaro cantor á complacer un antojo de mucho tiempo; si cojo otro en la jaula ¡ah señor, me haré loca de alegría!

CLAUDIA (dejando la muñeca en manos de Emilia y acercándose á Luz)

¡Qué bonito! Apostaría que te lo dió tu mamá.

EMILIA

Si mi madre lo supiera ¡cuánta tristeza la diera! Nunca quiere permitir que á los bellos pajaritos se les coja ¡pobrecitos! y se les haga sufrir.

CLAUDIA (con viveza)

¿Y por qué? ¡No es un pecado tenerlo tan bien cuidado!

(asomándose á la jaula)

Aquí tiene qué comer; él cantará cuanto quiera...

Luz (interrumpiendo)

Y en una gran pajarrera muy pronto lo he de poner.

EMILIA (con dulzura)

Así pensaba yo un día que me regaló mi tía con un canario, y mamá me dijo al verlo en mis manos: «Si á alguno de tus hermanos ó tal vez á tu papá lo encerraran ¿Qué dirías viendo trascurrir los días sin volverlo nunca á ver, aunque supieras que estaba muy cuidado, y le sobraba en su prisión qué comer?»

Luz (enterneciéndose)

¡Deveras Emilia! ¿Sabes? ¿Qué dirán las pobres aves que á ésta quieren con afán?

CLAUDIA (también conmovida)

Tal vez la estén esperando, y nunca más la verán.

Luz, abre resueltamente la puerta de la jaula, cerca de la ventana para que pueda irse el pájaro, y habla:

Dejémosla ir ¡pobrecita! que se vuelva á su casita á llevar felicidad.

EMILIA (mirando complacida el pájaro que se va)

Y que nunca en sus canciones olvide los corazones que le han dado libertad.

(Se abrazan las tres, y salen del cuarto dejando la jaula abandonada allí)

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

La Justiciera

El día que la reina Berta supo que sus jueces vendían la justicia, se entristeció profundamente. Era una mujer de sentimientos elevados y corazón sensible, capaz de sentir los dolores de sus semejantes. El difunto rey, su esposo, fué un déspota fanático y san-

guinario, un amo feroz, brutal; por lo que ella resolvió consagrar la existencia á hacer la felicidad de sus súbditos, con objeto de que éstos olvidaran las tiranías del anterior soberano, y al propio tiempo satisfacer una necesidad de su corazón. Cuando conoció las

iniquidades de sus magistrados, se sintió desesperada. Pensó en las innumerables víctimas que habrían hecho, y se estremeció al pensar que ella había contribuido á fomentar tanto mal. Sin embargo, la reina revistió siempre de armiño y púrpura á hombres de reconocida virtud, viejos austeros y jóvenes enemigos del vicio, cuya benevolencia debía atemperar la rudeza de sus rígidos antecesores. Todos habían faltado á su misión poniéndose del lado de los ricos, no escuchando las quejas del pobre, despojando al miserable de su viña. Escuchando el relato de tanto crimen la reina lloró, como el día que le revelaron la maldad de su esposo. La desesperación llegó hasta el delirio, pues desconfió de la bondad é integridad de sus jueces, hasta creer imposible que la justicia pudiera hacerse con hombres tan refinadamente perversos.

Desde entonces, la reina resolvió ser ella la justiciera; consolaría á los desgraciados en sus cuitas; distribuiría recompensas y castigos. Como su reino no era grande, podía cumplir, ella sola, la loable tarea que se había impuesto, y viajando por montes y valles, constantemente escuchaba los lamentos de los desgraciados, los sollozos de los humildes. Era complaciente y benévola para con los infelices, pero inflexible para con los que atentaran al bienestar de los demás.

Una mañana llegó á un pueblo, en el que no había estado nunca, situado en el fondo de un valle solitario, rodeado por el cerco verdoso de feroces montes, en un paisaje tranquilo, de opulenta alegría. Cuando bajaba por el camino, serpenteando la falda del monte, las casas del pueblo aparecían como islas en medio de un océano dorado, de hermosas mieses que, agitadas por el viento, producían ondulaciones y murmullos de apacible encanto. La reina quedó admirada al contemplar tan grandioso espectáculo, y su regocijo fué inmenso, pensando que en aquel rincón de su reino, en tan ameno y poético país, todos habían de ser felices.

Las gentes del pueblo salieron á recibirla, y colocándola en una litera, previo su consentimiento, la llevaron á la plaza, frente á la iglesia, donde habían construido con maderas, una especie de tribuna, adornada con ricas telas y hermosas flores. Después de obsequiarla con manjares y frutas, un heraldo, desde el trono improvisado, sonó tres toques de corneta, cuyos ecos repercutieron en el valle, y luego invitó á todos los que tuviesen agravios ó quejas que exponer, que se dirigiesen á la reina. Muchos llegaron hasta ella; hombres ó mujeres, gentes de fino cutis y cuyas caras rebosaban satisfacción; vestían elegantemente trajes de rica tela. Todos se quejaban de recíprocas usurpaciones, y la voz de cada uno adquiriría una rudeza sorprendente cuando decía: «mi campo», «mis frutos». La reina intentó reconciliar los mútuos intereses de todos, pero no pudo.

La visible aspereza de los tenaces señores la disgustó mucho y sólo se consoló al pensar que ninguno de ellos había cometido crímenes ni malas acciones. Iba á retirarse cuando se apercibió de que, por en medio de la multitud, un hombre, con mano vigorosa, empujaba á un desgraciado harapos, delgado, lívido, que todos á su paso saludaban con golpes é insultos. Cuando llegó al regio tribunal, los soldados de la escolta lo cogieron y separaron del escandalizado poblado, al que la reina preguntó en alta voz cuál era el crimen del sujeto á quien tan malamente trataban.

A esta pregunta sucedió inmediatamente un espantoso clamor; todos avanzaron hacia el trono y á un mismo tiempo pusieron á hablar. El que acababan de arrastrar hasta el trono no vivía, desde hacía muchos años, más que de rapiñas y robos audaces. «Habita en el fondo de un monte lejano en una choza solitaria; por las noches asalta los muros de nuestros corrales, nos *limpia* nuestros gallineros, ordeña nuestras vacas y diezma nuestros frutos. El mismo que le había llevado hasta allí, acababa de sorprenderlo se-gando en uno de sus campos».

—¿Por qué tomas lo que no te pertenece?—le preguntó severamente la reina.—¿No sabes que en nuestra religión y en nuestras leyes está escrito: «no robarás?»

Iba á contestar el desgraciado, y al ver las miradas amenazadoras de los que le rodeaban, alzó los hombros indiferente y la reina Berta no pudo conseguir del acusado ni una palabra de defensa. Entonces ella creyó ver en el haraposado un ser obstinado en el mal y decidió condenarlo á tres meses de calabozo. Después como nadie se presentara, se levantó la audiencia y tras algunas horas de reposo la Justiciera continuó su marcha.

Tres meses después, al volver hacia la capital de su reino, Berta quiso pasar nuevamente por el valle de la abundancia. Era por la tarde, y al bajar la pendiente del monte, la reina oyó clamores lejanos, gritos de amenaza, ira, desesperación y rabia, y al llegar á un pequeño llano que dominaba la villa, vió á lo lejos un gentío inmenso que gritaba desaforadamente, persiguiendo á un hombre casi desnudo. La noche se aproximaba, y al subir el fugitivo y sus perseguidores á la cumbre de una pequeña colina, á la luz de los últimos rayos del sol, la reina vió que la multitud iba armada de guadañas, hachas y hoces que agitaban furiosamente.

Quando los más ligeros y tenaces perseguidores seguían de muy cerca al fugitivo, tropezó éste y cayó á los pies de un caballo de los del regio cortejo, y los soldados avanzaron á contener la frenética muchedumbre. Aproximóse Berta al extenuado y andrajoso fugitivo, y al fijarse en él lo conoció: era el ladrón que tres meses antes había condenado. Entonces ordenó que lo levantaran y dirigiéndose á los perseguidores les preguntó sobre la nueva fechoría que había cometido aquel miserable. El griterío fué tal que nadie pudo oír lo que la multitud vociferaba. Iba á repetir la pregunta, cuando oyó detrás de ella estas palabras:

—¿Preguntas cuál es el crimen de ese hombre? Pues es el de haber sufrido tu justicia.

La reina se volvió y vió que el que hablaba era un viejo pastor de aspecto grosero, con barba hirsuta, canosa y tez tostada por el sol. Con algo de desdén le dijo:

—Explícate, buen hombre.

—Con muchísimo gusto, reina; escúchame. Este, por orden tuya fué encerrado en un calabozo. Durante tres meses ha sufrido la sombría tristeza del lóbrego antro; el martirio de la falta de libertad; el dolor de estar separado de sus seres queridos. Ayer tarde, cuando los carceleros le abrieron la puerta corrió como lobo herido hacia su choza y en ella encontró su mujer y su hijo muertos de hambre, porque durante su encierro nadie se había ocupado en socorrerles. Entonces el furor enloqueció á este desgraciado, y esta mañana, cuando el sol acariciaba al mundo prodigándole luz y calor, ha asesinado al que lo llevó hasta tu tribunal. He ahí por qué esas gentes le persiguen; he ahí por qué te piden su muerte.

La reina sintió que el llanto oprimía su pecho y murmuró como si hablara consigo misma:

—¡Luego yo no hice justicia!

El viejo pastor la oyó y dijo:

—Nadie puede administrar justicia á otro, y tú menos que nadie, reina; tú no tienes ningún derecho á ser justiciera, puesto que contribuyes á perpetuar el mal.

—¿Yo?—preguntó con viveza.

—Sí, tú; porque tú eres la autoridad. ¿No eres tú quien defiende á los poseedores de la riqueza; la que proteges los opulentos que te rodean; á los detentadores de la tierra, gentes todas para quienes el pobre es un eterno enemigo? ¿No te has regocijado al contemplar la prosperidad de este país? Sin embargo, dejaste de pensar cuando te presentaron á este desgraciado, cuyo crimen consistía en querer vivir, que toda esta riqueza sólo sirve para unos cuantos y le castigasteis diciéndole que nadie tenía derecho á apoderarse del

bienestar de los demás. No te preguntaste en virtud de qué anomalía social había un vagabundo, un desheredado en este valle de la abundancia, y le condenaste porque había querido comer. Tu justicia debe estar satisfecha, porque ha causado la muerte de tres seres.

La reina bajó la cabeza, abatida, humillada; sus lágrimas afluyeron con abundancia. Entonces comprendió la vanidad é impotencia de su justicia y se convenció de que mientras hubiese

pobres y ricos, lo que se llama justicia no sería otra cosa que la defensa inícuo, y cruel de los segundos; la desgracia y abominación de los primeros; pensó que su poder sostenía todo eso tan bárbaro, y silenciosamente echó pie á tierra, abrazó al desgraciado, cuyo cuerpo desnudo temblaba por el frío de la tarde, y en voz baja le pidió perdón, mientras que el viejo pastor meneaba la cabeza diciendo: «A buena hora».

BERNARD LAZARE

La niña que tose

Helado sople de invierno
ronda con su giro eterno
cantando un canto sombrío.
¿Quién, allí sobre la nieve,
llora tan triste y se mueve
bajo las garras del frío?

Es una niña mendiga;
la tos con honda fatiga
sacude su cuerpo inerte,
y la brisa pasajera
colora su faz de cera
con las rosas de la muerte.

Alguna violeta loca,
tal vez por besar su boca
en sus labios quedó presa.
Alrededor de los ojos
muestra los círculos rojos
donde la fiebre la besa.

¡Tose y tose! á veces creo
escuchar el martilleo
de alguna forja lejana;
á veces la angustia crece,

y su pecho me parece
un clarín que toca á diana!

¡Tose y tose todavía,
mas la ruda sinfonia
va desfalleciendo inerte,
como si un clarín profundo
la despidiera del mundo
con la diana de la muerte!

¡Tose y en su boca helada
la silueta ensangrentada
de la tisis se refleja!

Tose... y su voz que declina
lenta, muy lenta termina
como un trueno que se aleja...

¡La última sacudida
de tos le arrancó la vida;
y, en su aislamiento sombrío,
se durmió la niña rubia
arrullada por la lluvia,
por el hambre y por el frío!

J. RICHEPIN

Abejas y hombres

«De las declaraciones de los testigos del sumario resulta comprobado: que X, hermana del ofendido, agredió á éste con un cuchillo de labranza hiréndole en el antebrazo izquierdo, originado el lance en una cuestión pendiente entre los dos, con motivo de una herencia que ambos se disputan...»

—Por tanto, y en virtud de las leyes invocadas, delárase sin lugar el recurso de apelación del auto de prisión, interpuesto por la inculpada».

(De un proceso por lesiones graves).

Una profusión de abejas zumba alegremente en torno del rosal en flor.

Van todas en busca de provisiones al almacén de miel; ninguna estorba á

las demás en su expedición y todas regresan al taller con sendos cargamentos. Cuando alguna ya no puede con el suyo, las otras la aupan y la más próxima le ofrece el hombro.

En rededor de una heredad vacante se agita la actividad de un pequeño grupo de hombres que se dicen llevar una misma sangre, que prueban ser ramas de un sólo árbol.

En la heredad bien podrían haber todos holgadamente, de ella bien podrían hacer un solo acervo. Sin embargo, el viento de la codicia brama entre las ramas del árbol y el hacha

de un pobre interés rompe la heredad vacante en fragmentos, correspondiendo el mayor al más ágil de los hermanos y alguno quedará privado de su porción.

Claman entretanto, en el vacío, las eternas voces de la Naturaleza abandonada.

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

Epílogos

Seamos
sinceros

¿A dónde van los buenos trabajadores de este país por los atajos de una imitación servil en las usanzas de la clase social que los oprime?

El ostentoso lujo que carcome y devora la energía de las altas esferas, desciende ya en raudales procelosos á las llanuras de la clase artesana, cuyos menguados recursos no justifican ni un instante los delirantes pujos del derroche.

Ya el zapato bajo charolado y la media calada no son femeninas prendas exclusivas de la indumentaria lechuguina. Hay pies de obreros que á estas horas van ceñidos por la botina reluciente hecha para deslizarse sobre alfombras. Y al ver la prisa con que algunos quieren soltar el pelo de la dehesa acicalando el exterior mientras retienen en lamentable oscuridad el pensamiento, ocurre dudar de la sinceridad de ciertas censuras lanzadas con rabia hacia lo alto. Porque no se comprende en buena lógica la triste aspiración que se conforma con gruñir á todo aquello que no se posee, si tras del gruñido van los pasos del anhelo subiendo el escalón que lleva á aquellas combatidas preeminencias.

No es que creamos que las ideas tienen traje hecho expreso y que la libertad sólo puede ser proclamada en mangas de camisa.

No. Pero sí hay en verdad en frente de tantas escaseces proletarias un núcleo privilegiado que ofende con su holgura y su derroche la necesidad de los excluidos, no puede admitirse el

antojo de éstos de llegar á colocarse en esa situación vituperable por injusta, comenzando por adoptar para su uso las libreas con que los cortesanos de la riqueza usurpada pasean su dicha fácil entre las ruinas de la ventura común descuartzada.

Hemos de confesar aquí que muchas veces el desaliento arrebató de nuestras manos la pluma del combate. La inconsciencia ó la malicia con que ciertos agitadores populares pasan á nuestro lado extendiendo los flecos de su verba, son como nubarrones de tormenta cruzándose en el puro ambiente de nuestras ilusiones.

Proclaman austeridad, independencia y reivindicación, y luego formulan queja airada contra el mandarín que para recibirlos no vistió de etiqueta y los obsequió con licor menos valioso del que escanció en las copas de los grandes asalariados del Poder.

Predican solidaridad y para agasajar á los trabajadores de un suelo hermano que les dió cariño y hospitalidad, no les ocurre cosa mejor que hacer un baile dispendioso, mientras allá en el país objeto de sus entusiasmos, centenares de obreros *revoltosos* llenan las cárceles quizás en medio de la vicisitud de la escasez.

Juran fraternidad y compañerismo en la batalla contra los explotadores de su fuerza, y van en desbordado torrente á pedir la libertad de un caudillo político, ahorrando la brava, la terrible exigencia de liberación para los oscuros compañeros también ahorrados, á quienes la menguada sugestión de los caudillos llevó á un in-

tento de motín del cual es casi seguro que ningún triunfo hubieran derivado sus ideales.

No, es preciso que nuestros adversarios no tengan razón cuando nos gritan desde los sillones de su comodidad, que nuestro clamor lo hace la envidia y que el odio interesado es el fermento de nuestras convulsiones.

Sacudamos al fin la cadena de oprobio que nos esclaviza.

Seamos alguna vez sinceros, y declaremos al mundo si es la revolución por la piltrafa el sólo anhelo de nuestra fantasía, ó si efectivamente llevamos delante de nosotros la lámparilla de una noble ilusión cuando nos agitamos en esta que han llamado *lucha redentora* tantos merodeadores de la acción.

Carta á un amigo

Respondemos á la carta con que cariñosamente nos invitáis á acudir en defensa de las señoritas graduadas de Bachiller en el Liceo de Heredia, soezmente acometidas por la revista católica que se llama *La Nave*.

Entendemos que tal defensa está de más en el presente caso. Las gentiles amazonas que encabritando ideas pasan hoy gallardamente á nuestra vera, no han menester el secular escudo varonil que en todo tiempo dió socorrido amparo á las debilidades femeninas.

¿No son bachilleras? ¿No quieren ser abogadas?

Pues bien sabido tienen ellas que ingresan á una lucha brava en la cual no pueden pretender campar con faldas.

El profesionalismo en que se enredan, nos repugna en los hombres. Para las mujeres, para nuestras pobres mujeres atascadas todavía en cánones de concilio y lodazal de dogmas, hace nuestra buena voluntad una excepción. Al fin y al cabo su entrada en él tiene todos los encantos de un avance y todos los traqueteos de un rompimiento. Por qué no decir que por este solo aspecto de su empresa la miramos con regocijo y la seguiremos

con aplauso? Por lo demás, cuánto celebramos que á la salida hayan encontrado el mordisco. Y que él venga de las rabias del antro á cuyas lobregueces sus pensamientos iluminados no deben retornar jamás.

La iglesia católica, por boca de sus sabios y piadosos doctores, siempre distinguió á la mujer con su anatema vergonzoso. ¿Qué mucho que aún se yerga para atajarle el paso al ver que rompe los frenos de la incapacidad y despedaza á los vientos del ridículo la infalibilidad de las sentencias doctorales?

Cartel

Gasta su tiempo inútilmente la reacción que quiere atraernos con el desplante de la diatriba, á los desfiladeros de su derrota.

Ya lo dijimos al comenzar nuestras labores, y ahora lo repetimos con porfiado empeño:

«Elogios y censuras, piedras y flores, nos serán lanzados desde los balcones de todos los criterios, y no recogeremos ni unos ni otras; pues no hemos venido á discutir nuestros méritos que sólo la propia conciencia sabrá juzgar con acierto. Necesitamos nuestro tiempo y nuestra energía para ir con ellos á la conquista del ideal».

Bien comprendemos que la clerigalla militante—muda de uno pieza cuando debió repeler con energía las estocadas mortales que dirigimos á su armazón pintarrajeada—trata ahora de levantar camorra creyéndose amparada por visibles influencias oficiales. No se resigna al desdén en que tenemos su arrogancia desde que la derrota electoral recién pasada y la angustiada penuria en que se arrastran sus órganos de publicidad en un país que por suyo habrían tenido, eliminaron ante nosotros su entidad como fuerza contendora.

Mas, como los árabes del cuento, vamos á la meca.

¿Como habríamos de detenernos á espantar los canes que anuncian nuestro paso triunfal con su algazara?

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN